

Caja 182a en 2568  
Caja 368 en 8405

# DISCURSO

PRONUNCIADO POR EL

**EXCMO. SR. D. FRANCISCO MARTINEZ DE LA ROSA,**

**EL DIA 10 DE NOVIEMBRE DE 1860,**

*con motivo de la apertura de las cátedras*

**DEL ATENEO CIENTÍFICO Y LITERARIO**

**De esta corte.**



MADRID:—1860.

**Imprenta de Tejado,**

á cargo de Rafael Ludeña,  
Pelayo, 26, principal.

# THE

## LIBRARY

OF THE

UNIVERSITY OF

CHICAGO

1887

Copy 368.m-8405

## **DISCURSO.**



# DISCURSO

PRONUNCIADO POR EL

**EXCMO. SR. D. FRANCISCO MARTINEZ DE LA ROSA,**

**EL DIA 10 DE NOVIEMBRE DE 1860,**

*con motivo de la apertura de las cátedras*

**DEL ATENEO CIENTÍFICO Y LITERARIO**

*de esta corte.*



MADRID:—1860.

**Imprenta de Tejado,**

á cargo de Rafael Luña,  
Pelayo, 26, principal.





**Señores:**

Al abrirse de nuevo las puertas de este Instituto, dedicado á la pública enseñanza, nada parece más propio y oportuno que demostrar el grandísimo influjo que tiene la ilustracion en la prosperidad y grandeza de las naciones; pudiéndose tal vez graduar una y otra por la misma escala.

Tan palpable aparece esta verdad, que como no sea fácil contradecirla ni ponerla en duda, los enemigos de la ilustracion, para hacerla odiosa, apelan al recurso de suponer que socava los fundamentos de la moralidad y acarrea á las naciones gravísimos perjuicios.

Este es el último reducto en que se guarecen; y á fin de dificultar el ataque y espantar á la gente, sobra-

damente crédula, colocan sobre la puerta un escudo con armas sagradas. Conviene, por lo tanto, desalojarles de este punto, en que á duras penas procuran todavía encastillarse.

Ante todas las cosas se debe preguntar: ¿cuál de los conocimientos humanos es tal por su índole y naturaleza que conduzca á la inmoralidad? No será de cierto la ciencia que da reglas para proceder con acierto en la averiguacion de la verdad, distinguiéndola de los sofismas y errores.

Ni la que procura penetrar dentro del hombre mismo; analizando las facultades de su espíritu y realzando el concepto de su propia dignidad.

El estudio de las matemáticas es tan grave y severo, que ni admite la sospecha de poder convertirse en corruptor y pernicioso.

Lo propio puede decirse del estudio de la naturaleza en sus distintos ramos; pues todos ellos concurren en un punto: demostrar el poder y sabiduría del Supremo Hacedor.

Las ciencias morales, dedicadas á enseñar al hombre sus derechos y sus deberes, le señalan la norma á que debe ajustar sus acciones. Si en vez de acudir á las obras que contengan sanas doctrinas, se prefieren otras que perviertan el entendimiento é inficionen la voluntad, á sí propio deberá imputárselo el que siga tan errado camino; así como no mereceria disculpa el viajero que, penetrando en un bosque de América, po-

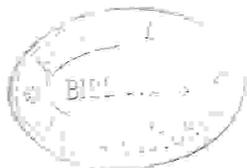
blado de frondosos árboles, fuese á escoger precisamente aquel cuya sombra produce la muerte.

Si el abuso que pueda hacerse de una ciencia bas-tase á legitimar que debe proscribirse, preciso sería principiar por desterrar la botánica ; pues sabido es que de muchas plantas se extraen jugos mortíferos ; pero también, y en mucho mayor número, se recogen plantas saludables ; y es tal el prodigio de la ciencia, que llega hasta dar la vida con el veneno mismo.

El cultivo de la historia, escuela práctica de moral y maestra de las naciones, detiene el curso del tiempo á fin de examinar los hechos que sobrenadan, y deducir de ellos provechosa enseñanza. En nuestros días notamos más vivo anhelo que en otras épocas para restituir á la historia su carácter propio ; y léjos de haberse originado funestas consecuencias, la religion y la moral han salido de ello gananciosas.

Si del árido terreno de las ciencias pasamos al ameno campo de la literatura, no hallaremos el más leve motivo de temer que pueda contaminar el ánimo de la juventud estudiosa. *Buenas letras* las apellidamos en nuestra hermosa habla ; que no parece sino que hasta el nombre mismo las recomienda : *letras humanas* las llamaron los hijos del Lacio ; y con razon decia el más célebre de sus oradores : *Que suavizan las costumbres, y no consienten ser feroces.*

El cultivo de las lenguas, tan útil bajo todos conceptos, como que parece añade al hombre un nuevo



sentido, es aun más indispensable en la edad presente, en que tanto se estrechan los vínculos entre los varios pueblos y naciones.

En esta breve reseña, que pudiera extenderse mucho más, hasta tocar los límites de los conocimientos humanos, aparece con toda claridad que á ninguno de ellos puede con razon imputarse que tienda á corromper la moral de los pueblos; y en todo caso, el mal provendria de no haber dado al edificio de la ciencia su más firme y sólido cimiento: la educacion moral y religiosa.

Si del exámen teórico pasamos á comprobar la exactitud de la acusacion en la piedra de toque de la experiencia, encontraremos el mismo resultado.

Los cuadros de la *edad media*, bosquejados por hábiles pinceles, ofrecen cierta originalidad y grandeza: nos place ver á los guerreros con armaduras brillantes, apuestas damas y castillos magníficos; pero el encanto desaparece, al contemplar la opresion y miseria del pueblo. El predominio de ciertas clases, la abyeccion de otras, la falta de freno y la comun barbárie no podian favorecer, bajo ningun concepto, la moralidad de aquellas gentes; y de ello nos quedan abundantes y tris-tísimos testimonios.

Cuando, merced al influjo de muchas y poderosas causas, se fué disipando la niebla, más espesa y pesada que la que suele gravitar sobre el Támesis, al compás mismo que se fué difundiendo la ilustracion, fué me-

jórando insensiblemente la condicion moral de los pueblos.

Se disminuyó la inmensa distancia que separaba á las diversas clases; se templó el poderío de los señores; nació la *aristocracia del saber*, que menguó el exclusivo influjo de la nobleza, y aspiró (muchas veces con buen éxito) á tomar grandísima parte en la gobernacion del Estado.

El adelanto mismo que se notó en varios ramos, quitando trabas á la agricultura, y favoreciendo á la industria y al comercio, no podia ménos de producir mejoras en la administracion de los pueblos. Estos, así que llegaron á cierto punto de bienestar y de riqueza, aspiraron, por una tendencia natural, á asegurar su futura suerte por medio de *franquicias municipales*, preludio ya y cimiento de la *libertad política*, que se desarrolló en sazón oportuna.

Con la mayor ilustracion se desterraron preocupaciones vergonzosas; se templó el excesivo rigor de las penas; desapareció de los códigos la bárbara prueba del *tormento*; y se apagaron (para no volver á encenderse jamas) las hogueras de la Inquisicion.

Si la ignorancia fuese un preservativo de la moralidad de los pueblos, así como rudas capas de tierra suelen cubrir riquísimos metales, las provincias más atrasadas de un Estado deberian señalarse por sus buenas costumbres, y no hay nadie que se atreva á sostener semejante paradoja.

Lo mismo que en las diversas provincias, y en mayor escala, debería observarse respecto de las naciones; y las que caminan á la cabeza de la civilizaci6n deberian ser por esta misma causa las más corrompidas; lo cual dista mucho de la verdad.

Aun sin salir de nuestra propia casa, y sin que yo pretenda mantener un *paso honroso* en favor de la edad presente, tampoco me constituiré en *laudator temporis acti, se puero*, como decia Horacio.

En otras épocas (para no hablar de algunas demasiado cercanas) no aparece la moralidad del pueblo español con el puro esmalte que algunos pretenden. El antiguo teatro, fiel espejo de las costumbres, y que levantó el crédito literario de la naci6n á tan grande altura, no ofrece, á mi entender, un cuadro muy edificante; y pasada aquella postrer llamarada, en tiempo de los últimos Felipes, grima y vergüenza da contemplar el estado de la naci6n bajo el cetro de un Carlos II.

Ni debe omitirse una reflexi6n, muy digna de tomarse en cuenta, si se ha de comparar con mediano criterio la moralidad de unas y otras épocas. Ahora existe en todas partes el uso de la imprenta; la tribuna, levantada en varias naciones, denuncia abusos, los exagera á veces, los difunde por todo el ámbito del mundo. La sola publicidad que dan los periódicos, repitiendo un mismo hecho, como la voz que repite el eco, basta para establecer una visible diferencia entre unos y otros tiempos. ¿Qué concepto se formaria de algunos de los

más celebrados si se les sacara todos los días á la plaza pública, de la manera que se hace al presente?...

No es posible que el astro de la sabiduría se eclipse ni por breves instantes; como hemos visto, no ha mucho, eclipsarse el sol en el cielo.

Tampoco es dable que ninguna nacion se aisle completamente, cuando vemos que hasta el alambre mismo se brinda á propagar el contagio.

Es de advertir que de todos los tiros que se asestan contra la ilustracion, ninguno alcanza al verdadero saber; sino al que toma su vana apariencia, como esos mentidos astros que suelen simular en el firmamento.

En el estado actual de las sociedades humanas, sólo son posibles dos medios de evitar, ó disminuir al ménos, el daño que tanto se pondera. Uno de ellos es que la ilustracion que se dé á la juventud sea sana y escogida; procurando, en cuanto sea dable, preservar su espíritu de teorías peligrosas, que suelen seducir por su novedad y osadía, pero que son impracticables y de funestas consecuencias.

Á la par debe procurarse que no se convierta la ilustracion en una especie de *monopolio*; pues entónces sería como un arma prohibida, que sólo pudieran manejar unos pocos.

Ampliando la base de la instruccion, para que pueda alcanzar, más ó ménos, á todas las clases del pueblo; facilitando luego la enseñanza de aquellos ramos que son de mayor uso y provecho en la sociedad; y estre-

chando el círculo, á medida que se adelante en el camino de las ciencias, no haya miedo de que la instruccion flaquee por falta de sólidos cimientos.

Este es el fin que debe proponerse todo Gobierno, que conozca y aprecie el *espíritu del siglo*, en el cual todo es movimiento y vida: ni es lícito pararse ni retroceder; ó las naciones adelantan, ó degeneran y perecen.

Apologistas de los antiguos tiempos, si el ruido de los ferro-carriles os aturde; si os duele que la palabra se trasmita á inmensa distancia con la celeridad del pensamiento; si os lastima ver el cuadro que ofrece la mayor civilizacion y cultura, volved la vista á las regiones de Oriente. Allí reina la inmovilidad más completa; allí pasan silenciosos los siglos, sin dejar rastro ó huella. Allí el pueblo está dividido en castas; y se hallan como petrificadas las costumbres más bárbaras, y canonizadas por la supersticion las prácticas más absurdas y crueles.

Muy cómodo sería coger á manos llenas el fruto de la civilizacion y cultura, evitando los inconvenientes que consigo lleva, como todas las cosas humanas; mas es preciso elegir, ó por mejor decir, preciso es resignarse. Los mismos que se empeñan en sostener tan errado sistema; son víctimas de una ilusion: caminan con suma velocidad, y les parece que los árboles, situados en la orilla, caminan en direccion opuesta.

Cuantos no se dejen llevar de alucinacion tan in-

concebible; cuantos adviertan cómo adelanta el humano linaje por la senda que le señala la mano de la Divina Providencia, no podrán ménos de exclamar, como Galileo en las cárceles de la *Inquisicion*, dando con el pié en la tierra: *E pur si muove*.

Mas conviene que el movimiento sea ordenado; que ni por el ánsia de llegar ántes al anhelado término haya que retroceder lastimosamente, ni que los obstáculos interpuestos en la vía estimulen á saltar por encima.

La máxima *lenté festina*, apresúrate lentamente, que pudiera servir como de clave á la moral y á la política, es tambien aplicable á la enseñanza.

Todos los conocimientos humanos están eslabonados; y no se puede desatar un anillo, sin que resulte la confusion y el caos. De ahí la necesidad de dedicarse con ahinco al estudio de obras elementales, que aunque árido y enojoso, hace que el progreso ulterior sea más rápido y seguro.

Los que nos admiran con magníficos cuadros, en que brilla la imitacion de la naturaleza y sus bellísimos colores, por largo tiempo trazaron las facciones del rostro y el contorno del cuerpo humano con el humilde lápiz.

De la propia suerte los que nos encantan con la mágia de los sonidos, llegando á conmover dulcemente las fibras del corazon, hubieron de pasar muchas vigiliass estudiando los ingratos rudimentos de la música y las reglas de la composicion.

¿Ni cómo se pretendería que el cultivo de las ciencias, tanto más difícil cuanto más elevado, estuviera exento de la regla general que impuso el mismo Dios al hombre, de no coger el fruto de la tierra, sino regado con el sudor de su frente?

Tenedlo siempre en la memoria, jóvenes aplicados; que bien merecen este nombre los que prefieren estudios graves al ocio innoble y al fútil pasatiempo: ni los obstáculos os arredren, ni la impaciencia y el mismo laudable ardor os precipite.

Por fortuna teneis excelentes guías en los ilustrados Profesores que, sin más estímulo ni recompensa que su amor al saber, se dedican á conducirnos en tan difícil senda.

Aprovechad sus lecciones; imitad su ejemplo; y animados de aliento generoso, podreis decir lo que el coro de mancebos en los *juegos olímpicos*, respondiendo á los ancianos y á los de edad proveccta: *Nosotros un dia seremos tales, que á todos vosotros aventajaremos.*



